

«El combate de Trafalgar».
Óleo de Rafael Monleón
(Museo Naval, Madrid).
En la otra página,
alegoría del combate.

Antecedentes

AGUSTÍN RAMÓN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ / UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU

Para mejor comprender y valorar lo sucedido en el gran combate naval que cierra el largo enfrentamiento anglo y franco-español por el dominio de los mares en el siglo XVIII, es conveniente referirse, si bien sea de forma somera, a los orígenes y causas de la guerra y al desarrollo de la larga y compleja campaña naval cuyo epílogo fue la famosa batalla



UNA ALIANZA INDESEADA

Como es bien sabido, y de forma sorprendente, la España de Carlos IV, tras ser derrotada por la Francia revolucionaria en la famosa Guerra de los Pirineos, se alió con ella por el Tratado llamado de San Ildefonso de 1796.

Era claramente una alianza contra natura al figurar en ella nada menos que los Borbones españoles y los revolucionarios franceses que habían depuesto y guillotinado a Luis XVI, también un Borbón, y por ello los gobernantes españoles de entonces, entre ellos especialmente Manuel Godoy, han sido criticados muy duramente desde entonces.

Pero, y sin pretender dar la razón a Godoy, las cosas no estaban tan claras como pudiera parecer y las cuestiones eran mucho más complejas: la monarquía de Carlos IV se hallaba virtualmente entre la espada y la pared, pues precisaba de la tradicional alianza francesa para nivelar el poder naval británico y así evitar sus aspiraciones tradicionales sobre el vasto imperio ultramarino español y su comercio. La

Real Armada no podía enfrentarse en solitario a la *Royal Navy*. Pero tampoco el Real Ejército podía hacer frente por tierra a los ejércitos revolucionarios franceses, como acababa de demostrar la Guerra de los Pirineos, y el apoyo terrestre británico en ese caso sería absolutamente insuficiente.

La alternativa era pues o alianza con Gran Bretaña, lo que implicaría la invasión francesa y la quiebra de un régimen por el que los revolucionarios de París no tenían aprecio alguno y que planeaban derribar en un plazo indeterminado, o la alianza con Francia, que salvaría al régimen y tal vez fuera bastante para preservar el imperio y el comercio. En esa disyuntiva, se optó por la alianza francesa, aunque pronto se pudo ver que las exigencias de la Convención y luego del Directorio y del Consulado, los sucesivos gobiernos franceses antes del establecimiento del Imperio napoleónico en 1804, eran tan crecientes como insufribles, mientras que utilizaban continuamente el chantaje de la amenaza de una invasión para conseguir sus propósitos.

La guerra, de 1796 a 1802, fecha de la Paz

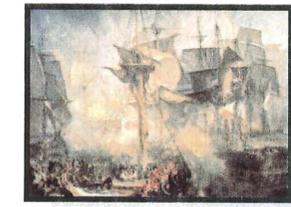
EL DÍA DE LA INFAMIA

El 19 de agosto de 1804 zarpó de Montevideo una escuadrilla de cuatro fragatas españolas, las *Medea*, *Fama*, *Mercedes* y *Clara*, con insignia en la primera de José Bustamante y Guerra. Al encontrarse en plena paz, los buques fueron cargados hasta las bordas con productos coloniales, como lana de vicuña, cascari-lla, cueros, lingotes de cobre y plata y otras mercancías, así como pasajeros civiles.

Tras una feliz travesía, sólo ennegrecida por la aparición de unas fiebres, comunes en tales viajes, los cuatro buques dieron vista a la costa de Cabo Santa María el 5 de octubre con la natural alegría. Pero el Gobierno inglés creía por sus informes que aquellos buques traían una buena cantidad de dinero y ordenó a otra escuadrilla de fragatas al mando del comodoro Moore que las interceptara y apresara.

Los buques ingleses eran mucho más po-

Entre las agresiones británicas y las presiones francesas el Gobierno español se vio obligado a una guerra que no deseaba



derosos teóricamente que los españoles, su insignia, la *Indefatigable*, era un navío rebajado (al que se le había quitado uno de sus puentes) y llevaba 46 piezas; la *Lively*, 50; la *Amphion*, 46; y la *Meduse*, 42; por su parte, en las españolas sólo la insignia *Medea* era de 40, y de a 34 las demás. Por otro lado, los cañones británicos eran de a 24 en la capitana y de a 18 en las restantes, con carronadas de a 42 y de a 32, mientras que las españolas no llevaban carronadas, sólo la *Medea* llevaba piezas de a 18, y el resto de a 12. Incluso es muy dudoso que llevaran toda su artillería montada, pues era habitual desembarcarla parcialmente en tiempos de paz para dejar más sitio a la carga y pasaje en una larga travesía. En cualquier caso, ni

Parecía un módico precio por librarse de la intervención en la guerra, y Godoy estaba más que dispuesto a pagarlo, mientras reforzaba en lo posible el Real Ejército para paliar el peligro de una posible injerencia francesa, lo que repercutía negativamente en el capítulo presupuestario de la Real Armada.

Pero Gran Bretaña no estaba dispuesta a dejar pasar así las cosas: primero protestó diplomáticamente y al no ser atendida optó por la condenable táctica de atacar a los buques españoles donde quiera que los hallara y sin previa declaración de guerra.

Aparte de detenciones y registros irregulares pero incruentos, el primer chispazo tuvo lugar el 31 de diciembre de 1803, cuando la corbeta correo *Urquijo* con sólo 18 pequeños cañones de a 6 libras fue atacada y apresada por la fragata *Eolus* de 44 cañones de a 18 y carronadas de a 32 en aguas de Santo Domingo. El combate no tuvo color dada la disparidad de fuerzas y la española se rindió con 15 muertos (entre ellos, su comandante) y 20 heridos tras dos horas y media de lucha para luego ser llevada a Jamaica, completamente desvalijada y finalmente puesta en libertad,

pues los dos países estaban en paz y la agresión y la presa eran enteramente ilegales. La incalificable versión británica era que la pequeña corbeta-correo había atacado a la poderosa fragata sin provocación alguna y cuando ésta simplemente trataba de reconocerla.

En los meses siguientes continuaron los apresamientos y detenciones de buques mercantes españoles e incluso alguno de guerra. El caso más indignante fue el de la goleta *Extremeña* de la Armada, que realizaba tareas hidrográficas en la costa chilena y a la que su comandante ordenó incendiar para evitar que cayera apresada, con lo que se perdió así, sin motivo ni justificación alguna, toda la valiosísima documentación y cartografía que llevaba el buque científico.

ción varios navíos, lo que se hizo en número de siete unidades, que así se restaron de las listas de la Real Armada.

Por otra parte, la situación de la Real Hacienda de Carlos IV era tal que desde 1798 no se volvió a entregar navío alguno a la Armada, que entre pérdidas en combate, cesiones a los franceses y las naturales bajas por accidente u obsolescencia de buques que había que retirar empezó a ver drásticamente recortada su fuerza.

Esa insuficiencia económica se dejó traslucir en otros aspectos: no se pagaba adecuadamente (a veces nada en absoluto) a los marineros y a la maestranza de los arsenales, con lo que pronto resultó imposible reclutar hombres experimentados y reformas y mejoras en el armamento tuvieron que retrasarse. La moral con todo ello no hizo más que resentirse.

Así que en España la Paz de Amiens de 1802 fue recibida por todos con verdadero alivio. Se esperaba que fuese larga y permitiera a la monarquía restablecerse de sus reveses y enormes gastos de casi diez años de guerra prácticamente ininterrumpida y adversa, primero contra los revolucionarios franceses y luego aliados con ellos.

Pero ni Francia ni Gran Bretaña iban a dejar que las cosas siguieran así mucho tiempo.

UNA GUERRA IMPUESTA

Pronto las dos potencias se enzarzaron en una nueva guerra que sólo terminaría en 1815 con la caída definitiva de Napoleón Bonaparte y de su régimen.

En un primer momento los gobernantes españoles consiguieron eludir las reclamaciones de alianza de Francia al contentarse Napoleón con el pago de un subsidio de seis millones mensuales para ayudar a su esfuerzo de guerra, y la acogida, reparación y mantenimiento en puertos españoles (los tres departamentos) de los buques franceses que se vieran obligados a entrar en ellos por cualquier circunstancia, aparte de ventajas comerciales a los productos franceses.

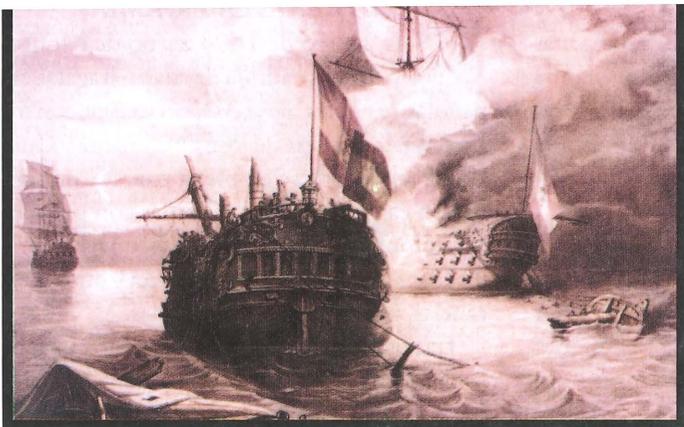
de Amiens, resultó muy desfavorable, pues España perdió Menorca (luego recuperada por negociación) y la isla de Trinidad en América casi sin combatir (muestra de la profunda perplejidad de buena parte de la sociedad española, que no entendía aquella alianza y aquella guerra), así como la Luisiana, con Nueva Orleáns, que hubo que ceder a Francia en compensación por sus pérdidas.

En el capítulo naval se produjo la derrota de Cabo San Vicente, donde por el mal mando de los dos jefes superiores —Córdova y Morales de los Ríos— la escuadra española, pese a ser superior en número a la británica, perdió cuatro navíos apresados. Otros cuatro navíos se perdieron en la capitulación de Trinidad y dos más por accidente, los hermosos tres puentes *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, al cañonearse y abordarse por error en un combate nocturno en el estrecho de Gibraltar. En combates parciales se perdieron 12 fragatas, en general muy inferiores a las enemigas en artillería y utilizadas por entonces básicamente como transportes.

Sin embargo, no todo fueron derrotas, pues los españoles se anotaron la muy meritoria de la defensa de Cádiz por las cañoneras de Mazarredo; la defensa de Santa Cruz de Tenerife, donde el propio Horatio Nelson fue derrotado y perdió su brazo derecho; la menos conocida, pero más importante militarmente por el número de fuerzas implicadas, de San Juan de Puerto Rico; y el rechazo de la intentona británica sobre El Ferrol, entre otras.

El saldo total no fue por ello tan negro como pudiera parecer, y los diez navíos y 12 fragatas perdidos adquieren otro significado si se recuerda que por los mismos años los franceses habían perdido nada menos que 25 navíos y 50 fragatas (que se unían a los 33 navíos y 31 fragatas perdidos desde el comienzo de las guerras revolucionarias) y los holandeses, otros 24 navíos y 19 fragatas.

Aquellas desastrosas pérdidas francesas hicieron que su Gobierno presionara al español para que le entregara en parcial compensa-



Pérdidas valiosas. Los hermosos tres puentes «Real Carlos» y «San Hermenegildo» fueron cañoneados y abordados por error (arriba) en un combate nocturno en el estrecho de Gibraltar (Museo Naval).

hacerlo sin mucha dificultad por el engorro de fardos y paquetes, por no hablar de los asustados civiles.

Moore comunicó con Bustamente y le ordenó que se rindiera. Éste, tras consultar con sus oficiales, se negó a semejante atropello y comenzó el combate, que terminó al poco con la voladura de la *Mercedes* y la rendición de las otras tres. El total de bajas fue de 269 muertos y 80 heridos entre los españoles (la mayoría en la *Mercedes*) y sólo dos muertos y siete heridos entre los británicos, lo que muestra claramente la indefensión de las españolas, que sólo se batieron por dignidad.

Las tres fragatas apresadas con sus dotaciones y pasaje fueron conducidas a Inglaterra, donde estuvieron sometidos a cuarentena pues tenían epidemia a bordo. Con el tiempo las personas fueron liberadas y repatriadas, pero los buques, mercancías y dinero quedaron allí.

Justo es reconocer que muchas veces se alzaron en la misma Inglaterra contra tal atropello en tiempos de paz y hasta se editaron pasquines y folletos que calificaban los hechos de piratería, como eran en realidad. Pero nada se consiguió, salvo el reintegro de los ahorros de soldados y marineros, pues ése era casi todo el dinero que transportaban las fragatas.

En nuestros días parece que las cosas han empeorado al respecto, pues novelistas y hasta historiadores anglosajones pintan tales hechos como grandes hazañas sólo explicables por la destreza y valor de los marinos británicos. Nada se dice de las circunstancias del caso, y si se aventura que fue en tiempos de paz, todo se explica como una hábil y previsoramente respuesta a los odiados españoles, capaces de cualquier perfidia y a los que por tanto no cabe aplicar principios éticos, mora-

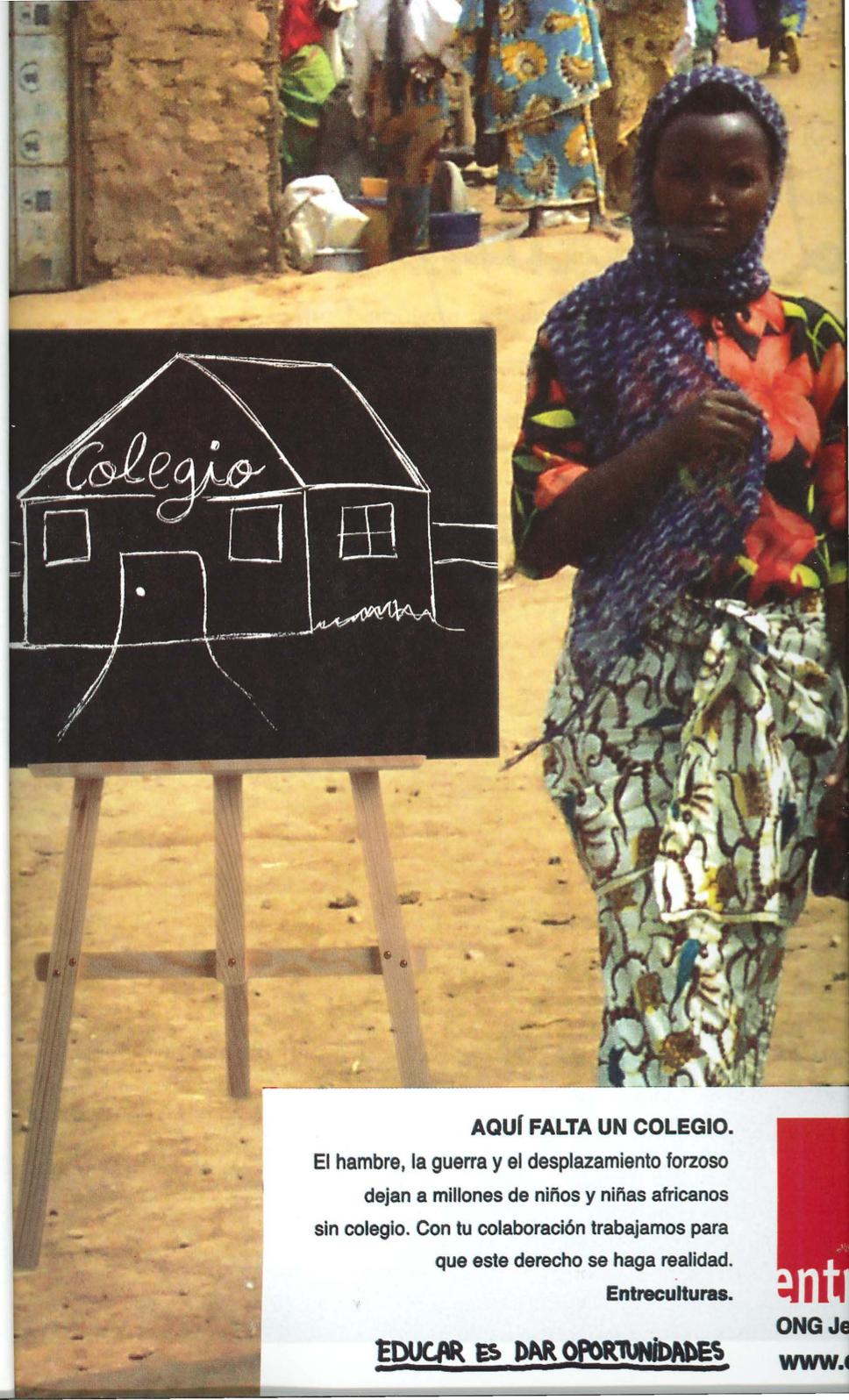
les o del más elemental derecho.

Y lo peor de toda esta inmundicia es que muchos españoles de hoy leen tales cosas con gusto y hasta se lo creen.

Lo cierto es que los hechos sólo se distinguen del ataque japonés a Pearl Harbor en la Segunda Guerra Mundial por el tamaño de la agresión, no por su justificación. Y es duro pero justo recordar que la declaración de guerra nipona sólo se retrasó algunas horas tras el ataque, y de forma accidental, mientras que Gran Bretaña y España sólo se declararon la guerra casi exactamente dos meses después, el 12 de diciembre. En resumen: éste fue también otro «día de la infamia», como todavía llaman los estadounidenses al del ataque japonés sobre su base hawaiana.

Y aún tuvieron que caer otras fragatas en agresiones antes de dicha declaración: la *Matilde* por el navío *Donegal* y la fragata *Medusa*; la *Anfitrite* por el mismo navío; y la *Gertrudis* por el navío *Polyphemus* y la *Lively*. Como se ve, siempre ante fuerzas muy superiores y con carga para América.

Al final, entre las injustificables agresiones británicas y las continuas presiones francesas al Gobierno español sólo le quedó el remedio de ir a una guerra que no deseaba y sin objetivos propios.



AQUÍ FALTA UN COLEGIO.
El hambre, la guerra y el desplazamiento forzoso dejan a millones de niños y niñas africanos sin colegio. Con tu colaboración trabajamos para que este derecho se haga realidad.

Entreculturas.

EDUCAR ES DAR OPORTUNIDADES

ONG Je
www.